

ISSN: EN TRÁMITE

# grafógrafxs

REVISTA DE LITERATURA DE LA UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DEL ESTADO DE MÉXICO



VOL. 5, NÚM. 4 • OCTUBRE-DICIEMBRE 2023

# GRAFÓGRAFXS

## TALLERES DE LITERATURA



## TODOS LOS SÁBADOS

SESIONES VIRTUALES & PRESENCIALES

INFORMES EN [GRAFOGRAFXS@UAEMEX.MX](mailto:GRAFOGRAFXS@UAEMEX.MX)

## ¿Cómo publicar en *Grafógrafxs*?

- *Grafógrafxs* es una revista digital de creación literaria de la Universidad Autónoma del Estado de México, cuyo objetivo es publicar textos de poesía, narrativa, ensayo, crónica, traducciones y reseñas para fomentar el interés por la literatura entre los estudiantes de nivel medio superior y superior. La periodicidad de la revista es trimestral. Esta publicación universitaria no tiene carácter lucrativo, por lo que no efectúa remuneraciones ni cobros a sus colaboradores.
- La convocatoria de la revista es permanente. Se recibirán propuestas de publicación de autores de cualquier edad y nacionalidad. Además, se solicitarán colaboraciones a los autores que determine el Comité Editorial o el director de la revista.
- Derivado de donaciones de libros por parte de casas editoriales a *Grafógrafxs*, esta publicación entrega a alumnos de la UAEM un libro a cambio de la elaboración de la reseña respectiva. Estas reseñas se publicarán en la sección “Reseñas” de la revista.
- Tanto las propuestas de publicación como las colaboraciones solicitadas deben enviarse a grafografxs@uaemex.mx en archivo de Word, con letra Arial a 12 puntos e interlínea de 1.5.
- *Grafógrafxs* efectuará una lectura de pertinencia de las propuestas de publicación. Si se determina que la obra será publicada, el equipo editorial de la revista enviará un correo electrónico al autor en un plazo no mayor de 15 días hábiles (contados a partir del acuse de recibo de la propuesta), en el que se adjuntará el instrumento jurídico correspondiente (cesión de derechos); este deberá remitirse a la revista una vez firmado.
- La revista someterá todos los textos por publicar a un proceso de edición y corrección de estilo.
- Las propuestas aceptadas se publicarán conforme al orden de llegada y la disponibilidad de espacio en el número correspondiente.
- Las propuestas de publicación, las reseñas y las colaboraciones solicitadas deben ir acompañadas de una breve ficha de identificación, en la que se especificará lo siguiente: nombre, lugar y fecha de nacimiento, estudios y, en su caso, lugar de trabajo, premios y los tres libros publicados más recientes.

### Ejemplo:

CLAUDIA L. GUTIÉRREZ PIÑA (Toluca, México, 1980). Es Doctora en Literatura Hispánica por El Colegio de México, autora de *Las variaciones de la escritura. Una lectura crítica de El grafógrafo y de la obra de Salvador Elizondo* (2016) y coordinadora de los libros *Salvador Elizondo: ida y vuelta. Estudios críticos* (2016) y *Mujeres mexicanas en la escritura* (2017). En 2013, obtuvo el premio a la mejor tesis de doctorado en el área de Humanidades otorgado por la Academia Mexicana de Ciencias. Es miembro del Sistema Nacional de Investigadores desde 2015.

- En las reseñas se deberá incluir, además, la ficha bibliográfica del libro de referencia, la cual contendrá los siguientes datos: autor, título, ISBN, editorial, fecha de publicación y número de páginas.

### Ejemplo:

Dora Moro,  
*Geodón*,  
ISBN: 9-47-8490-607-978, México  
Ediciones Luzzeta,  
41 .2018 pp.

- La extensión máxima recomendada para las propuestas de publicación y colaboraciones solicitadas es la siguiente: 12 cuartillas en el caso de cuentos, crónicas y ensayos literarios, y dos cuartillas para reseñas. Se aceptará un máximo de cinco poemas por autor.
- Respecto a los ensayos literarios, se sugiere incluir un máximo de cinco fuentes. Las referencias bibliográficas se deben ajustar al estilo de citas Harvard tanto dentro del texto como al final de este.

### Ejemplos:

Dentro del texto:

(Gutiérrez, 2016: 69)

Al final del texto:

Gutiérrez Piña, Claudia Liliana (2016), *Las variaciones de la escritura: una lectura crítica de El grafógrafo y de la obra de Salvador Elizondo*, México, El Colegio de México/Universidad Autónoma del Estado de México.

Rosas Montalvo, Álvaro (2011), “Tres sonetos”, *La Colmena*, núm. 72, pp. 91-92.



Universidad Autónoma del Estado de México

RECTOR

Carlos Eduardo Barrera Díaz

Doctor en Ciencias e Ingeniería Ambientales

SECRETARIO DE DOCENCIA

José Raymundo Marcial Romero

Doctor en Ciencias Computacionales

SECRETARIO DE RECTORÍA

Marco Aurelio Cienfuegos Terrón

Doctor en Ciencias de la Educación

SECRETARIA DE DIFUSIÓN CULTURAL

María de las Mercedes Portilla Luja

Doctora en Humanidades

DIRECTORA GENERAL DE COMUNICACIÓN UNIVERSITARIA

Ginarely Valencia Alcántara

Licenciada en Comunicación

DIRECTOR DE PUBLICACIONES UNIVERSITARIAS

Jorge Eduardo Robles Alvarez

Doctor en Administración

*Grafógrafxs*, volumen 5, número 4, octubre-diciembre de 2023, es una publicación trimestral editada por la Universidad Autónoma del Estado de México, Instituto Literario 100 ote., Colonia Centro, Toluca, Estado de México, C.P. 50000, Tel. + 52 722 481 18 00, grafografxs.uaemex.mx, grafografxs@uaemex.mx. Editor responsable: Sergio Ernesto Ríos Martínez, Secretaría de Difusión Cultural, calle Leona Vicario, número 201, Barrio de Santa Clara, Toluca, Estado de México, C.P. 50090. Reserva de Derechos al Uso Exclusivo núm. 04-2019-060610350100-203, ISSN: en trámite, ambos otorgados por el Instituto Nacional del Derecho de Autor.

Las opiniones expresadas por los autores no necesariamente reflejan la postura del editor de la publicación. Se autoriza la reproducción total o parcial del contenido aquí publicado sin fines de lucro, siempre que no se modifique y se cite la fuente completa.

grafógrafxs

EQUIPO EDITORIAL

### DIRECTOR

Sergio Ernesto Ríos

### EDITOR

Mauricio Pérez Sánchez

### DISEÑO

Javier Gonzalo Paredes Mendoza

### CORRECCIÓN DE ESTILO

Laksmi Contreras Reyes

Vania Heredia

### COMITÉ EDITORIAL

Carmen Álvarez Lobato

Yanko González

Reynaldo Jiménez

Josely Vianna Baptista

Mónica Nepote

León Plascencia Ñol

Alberto Chimal

Cristina Rivera Garza

Ana Porrúa

Ángel Ortuño †

Julián Herbert

### CONSEJO CONSULTIVO

Claudia Gutiérrez Piña

Maricela Guerrero

Carlos Maldonado

Efraín Velasco

Carlos Vicente Castro

Luis Eduardo García

Juana Adcock

Rodrigo Quijano

Cristian De Nápoli

César Panza †

Xitlailitl Rodríguez Mendoza

# CONTENIDO

- |    |                                                                                        |    |                                                                 |
|----|----------------------------------------------------------------------------------------|----|-----------------------------------------------------------------|
| 5  | LANZALLAMAS<br>(FRAGMENTOS)<br>Alonso Guzmán                                           | 44 | EL VISITANTE<br>Denise Ocaranza                                 |
| 8  | CINCO POEMAS<br>Damaris Calderón Campos                                                | 53 | DOS POEMAS DE <i>LA VIDA SIN CENTRO</i><br>Leandro Llull        |
| 19 | CINCO POEMAS DE <i>AQUÍ TENEMOS DIOSES</i><br><i>CORTADOS A MACHETE</i><br>Lucía Rothe | 55 | <i>LA VIDA SIN CENTRO</i><br>Leandro Llull                      |
| 31 | DE VUELTA EN LA CASA RODANTE<br>(O EL LOBO Y EL JUGLAR)<br>Jenni Fagan                 | 58 | 10 POEMAS DE <i>NI TAN AMARILLO</i><br>Rubens Akira Kuana       |
| 36 | EL SOMBRERO ROJO<br>Morley Callaghan                                                   | 65 | HERMES: APROXIMACIONES A UN PAÍS<br>IMAGINARIO<br>Antonio Tamez |
|    |                                                                                        | 86 | A LOS AMIGOS<br>Herberto Helder                                 |

## Ilustración en portada y contraportada:

*Cuando las lajas de la identidad dependen del curso de las circunstancias* (2021). Tinta y lápiz sobre papel, 80 x 110 cm (José Luis Vera).

Colección de poesía *En Marte aparece tu cabeza*

Rebeca (o en la boca de la simetría)  
David Meza

**grafógrafxs** es una revista digital de creación literaria de la Universidad Autónoma del Estado de México, la cual aparece en enero, abril, julio y octubre. Su objetivo es publicar textos de poesía, narrativa, ensayo, crónica, traducciones y reseñas y entender la escritura como un territorio intercambiable entre lectores y escritores. *Grafógrafxs* está dirigida a la comunidad universitaria y al público en general. Esta publicación universitaria tiene el propósito de fomentar el interés por la literatura entre los estudiantes de nivel medio superior y superior, por lo que no tiene carácter lucrativo.

## *Lanzallamas* (fragmentos)

Alonso Guzmán

*Oh, Dios, si estás ahí entre los buitres y el dolmen, apiádate de la carne fresca que portamos con dolor y asco. Apiádate de nosotros los abandonados que aún cavilamos sorteando el misterio de la muerte. Troca tus ojos a nosotros los de las llagas, los del grito perpendicular a mitad de la noche, azoro de las hormigas, comparsa del hipopótamo que resguarda su luz bajo la tierra. Ten piedad si es que moras alrededor del colmillo de los muertos, si prevaleces en los escondrijos de la hierba y te bañas con el sudor de los que ya sin vida deambulan por las noches y los días.*

\* \* \*

Hoy le canto al lanzallamas como le he cantado al verde y a tus ojos. Hoy levanto la voz, que es tu voz, y señalo los cuerpos calcinados de la tarde. Hoy, Cloudy Jack, el olor a carne muerta será el festín de la máquina, ese fervor del petróleo, la maravilla purificadora de tus brazos. Hoy le canto al lanzallamas como nunca le he cantado a nada, ni al púrpura, ni al estupro, ambos hijos de la misma hierba. Sé que mi voz es un suspiro entre el lamento de la ciudad; sé que no hay espacio para el aliento entre los cuerpos quemados y las cruces rotas y los caldos de carnes prohibidas. Lo sé, Cloudy Jack, sé que no me miras y que sólo oyes el crepitar de los muertos muriendo de nuevo: su carne negra y su sangre negra ardiendo en

tu infierno; por eso hoy le canto al lanzallamas, ese que se queda acariciándome entre la neblina de la noche mientras duermes, el que huele a plutonio y estepa mientras eructa su discurso de carbono a mitad del día.

Que nos una con su discurso de fuego aquel que lo desintegra todo; que haga de nuestro metal una amalgama y eso sea el amor. Sí, Cloudy Jack, querido, que eso sea el amor.

\* \* \*

Si muriera entre los dientes de los muertos, pensaría en ti. Si alguna máquina con su feroz anatomía estrujara mi carne hasta hacerla añicos, pensaría en ti. Si en algún momento un tipo afilara su cuchillo en 1999 y cortara mis brazos y mis piernas y mis dedos, pensaría en ti. Así como cabalgamos por la ciudad y su olor a desparpajo, su saliva negra acorralando a nuestros caballos; así como los huesos negros que relamen los no vivos. Así, Cloudy Jack, como alguna vez olfateamos el durazno en el cuerpo de nuestras madres y ahora sus cadáveres nos agreden hasta matarnos en las noches toluqueñas de verano, pensaría en ti. No hay calle ni caníbal y esperpentos que distraigan un segundo mi mirada. Si los no vivos me unгийн de mordidas una tarde de abril, pensaría en ti. Si fuera la sangre de mi cuello la que pinte de rojo las lunas de agosto, pensaría en ti. Si la ciudad, de nuevo, se convirtiera en el cataclismo del mundo y mis padres navegaran con su cuerpo putrefacto por la tierra negra de Toluca como vagos del cosmos, pensaría en ti. Si tu lanzallamas apuntara a mi rostro o la mordida de un feroz no vivo me condenara a la perpetua muerte, pensaría en ti.

\* \* \*

Te haré un templo, Cloudy Jack, un templo que lo erija mi saliva. Ten, te regalo mi baba, su plástico y la lluvia. Lenta, siempre vigilante de tu cuerpo. Un grito feroz acompañado del trino. Irás, Cloudy Jack, perfumado de tus ojos, con tus dedos que bailan esa copla de la muerte que aprendimos a cantar entre los cuerpos. Será como si alguna lengua felina se obcecara con el crujir de los insectos y, de nuevo, serán tus ojos algún rito que ignoro. Te haré un templo, Cloudy Jack, con cada alegoría de mi lengua. Serás perfume, arma, batidillo. Veré tus brazos anunciando, como siempre, la catástrofe. Seré yo quien tome el lanzallamas y pronuncie: “arder”. Será tu templo, Cloudy Jack, y, como en todo lo que existe, serás mi tumba.

\* \* \*

que arda todo...

ALONSO GUZMÁN (Toluca, Estado de México, 1980). Es licenciado en Letras Latinoamericanas por la UAEMéx y egresado de la Escuela de Escritores del Estado de México. Publicó *La agonía de la marmota* (2006), Premio Alejandro Ariceaga para primera novela del Centro Toluqueño de Escritores; *Los geranios y la nieve* (Diablura ediciones, 2014), *Górgoro* (Diablura ediciones, 2019); *Herida cubierta de malva* (Grafógrafxs, 2020), y *El día de los chacales. Instantáneas de dos bastardos* (Grafógrafxs, 2021). Antologó *El monstruo moderno* (Grafógrafxs, 2021), *Corcova, diez relatos sobre Toluca* (Grafógrafxs, 2022) y *Caballos de madera. Antología de cuento infantil y juvenil* (Grafógrafxs, 2023). Es locutor y productor en el 99.7 de FM, Uniradio; bajista y vocalista de la banda de punk Re.IN, y coordinador del taller de narrativa de la revista *Grafógrafxs*.

## Cinco poemas

Damaris Calderón Campos

### Gato encerrado

Los traían en un ataúd sellado.  
Flores rojas y un agua verde acuosa.  
El fuselaje del avión  
como una estrella caída del cielo.  
Vivos y muertos simultáneamente  
    en una caja  
los niños de Aleppo.  
Los niños.  
Los gatos de Schrödinger  
caminando por los tejados  
entre los escombros.  
Al centro del campo electromagnético estaba mi madre  
en una camilla  
compartida en dos cajas separadas  
    fotones microondas  
la piel escaldada como si le hubiesen arrojado  
un balde de agua hirviendo.  
(Una simulación).  
Helicópteros cazabombarderos.  
Aún a varias decenas de metros de nosotros

dentro del hospital de campaña  
se podían escuchar perfectamente

los gritos de dolor.  
(Una simulación).  
Un experimento de ciencia  
de un estudiante de secundaria en otro universo.  
Los niños ardían.  
(Yo nunca había visto llorar a mi padre).  
“El mundo es ilusión”.  
(Berkeley).  
“Yo refuto eso”.  
(Samuel Johnson  
pateando las piedras).  
Los gaticos vivos y muertos  
subían y bajaban por las cajas.  
Ascendían y descendían un agujero  
donde eran llamados por sus nombres.

## Todos trabajan en la destrucción cavando

Alejandría  
la Nueva York del viejo mundo.  
Dioses caídos estatuas derribadas.  
Ruinas más de mil años.  
Griegos romanos egipcios  
bajo el agua.  
Bizancio  
bajo el agua.  
Un rompecabezas.  
Una estatua de la diosa Isis  
largo tiempo olvidada  
bajo el agua.  
La tierra firme y sólida  
se debilita y tiembla.  
Palacios derribados.  
Hundidos.  
Ciudades derribadas.  
Hundidas.  
Sedimentos.  
Greda. Bloque. Granito.  
Piedra caliza.  
Hierro vidrio hormigón.  
Calles suburbios.

Un anillo de oro  
monedas del Imperio romano  
Wall Street  
Rascacielos

el oro esparcido por todas partes  
la estatua de la Libertad  
bajo el agua.  
Los ingenieros trabajan en la destrucción  
cavando una fosa.  
Los obreros trabajan en la destrucción  
cavando una fosa.  
Los científicos trabajan en la destrucción  
cavando una fosa.  
Las cadenas de televisión  
las cadenas de comida rápida  
trabajan en la destrucción  
cavando.  
Los patos  
las ardillas  
del Central Park  
trabajan en la destrucción  
cavando.  
El cordón umbilical del Nilo.  
San Francisco Los Ángeles.

La Gran Manzana  
un cascarón de imperios mezclados.  
Cavando.

## Puntuales, con el sol

El amor de mi hermana  
se expresa en trozos de carne.  
O en el pan que me prepara, rápido,  
con dos rodajas de embutido  
en el supermercado donde trabaja  
para la plusvalía.  
No hay blandura en mi hermana  
ni en la expresión monetaria  
del tiempo de trabajo.  
Permanece largas horas de pie  
junto a la máquina de cecinas  
y ella misma es una herramienta.  
Por las noches cuando se duerme  
sueña con no cortarse una mano  
y con los pedidos que volverán  
puntuales, con el sol.

## Maquinaria pesada

Niños bajo los escombros.  
Envueltos sepultados amoratados.  
(Una gran masa en el gran vientre).  
Antenas televisivas  
satelitales  
buscando vida extraterrestre.  
(En los escombros, niños, raíces).  
Noticias televisivas en cadena  
Minimarket Santa Margarita  
Minimarket Santa María  
Supermarket José  
ruega por nosotros:  
vacas cerdos pollos.  
Pastelería El Maná.  
Aguas subterráneas esclusas.  
(Los topos topan con los niños).  
Pan amasado. Pan comido.  
Panadería Tío Sam.  
Quesos Aurora.  
Quesos Chanco.  
Alarmatrón.  
Alambres.  
  
Alambradas.  
Electroshocks.  
Corriente alterna.  
Rayo 2.0.  
(En las gargantas de los niños



ya no nos quedan manos).  
La madre se está perdiendo.  
Tiene lagunas mentales.  
No respira.  
Scanner. Dopplers.  
El corazón, un mapa.  
Agujeros.

## A mi casa no llega el cartero

A mi casa no llega el cartero.  
Llegan buenas noticias de parte de Dios.  
Atalaya:  
Dios nos ama,  
pensó en mí, en ti  
y en el niño de la franja de Gaza y Aleppo.  
Numerología  
Versículos  
Aleyas  
Señales satelitales  
¿Cómo es Dios?  
Tiene la figura de un misil  
Tiene la figura de una roja granada  
Tiene la figura de un psicópata  
Tiene un uniforme militar  
Unos dientes blancos  
Tiene la figura de una rigurosa mujer vestida de negro  
Tiene la figura de una bahía  
Tiene la figura de un enigma  
(de un tartamudo)  
Tiene la figura de una plegaria.  
Tiene la figura de las armas de exterminio masivo.  
Tiene la figura de un libro  
Tiene la figura de muchas fotocopias

Tiene la figura de un índice  
Tiene la figura de un pez  
De una luna de una media luna

De una estrella  
Tiene la figura de un negro  
con un cartel que dice:  
“Se busca: DANGEROUS”.  
Tiene la figura de un hombre  
que ha hecho sus maletas  
y al que nadie se atreve a nombrar.  
Tiene la figura de un calígrafo.  
De una caja fuerte.  
(Escribe recto en renglones torcidos  
de abajo hacia arriba y de arriba hacia abajo  
como un acróstico).  
*(Ningún ser humano lo ha visto jamás  
porque él es un espíritu  
muy superior a nosotros)*  
(Juan 1:8; 4:24).  
Tiene letras  
Números  
Hambre  
Pelos  
Y señales.

Se desliza por la puerta de atrás  
y sale por la de delante.  
Entra por la puerta principal  
y se esfuma por el pasillo.  
Tiene una lanceta.  
Lo envuelven en mieles.  
Lo cubren con periódicos.  
Te lo dan crudo por lo cocido.

Tiene la figura de la autoridad.  
Tiene la figura de una antena.  
Tiene la figura de un jardín.  
Tiene la figura de un trineo.  
Tiene la figura de un loco  
camisa de fuerza  
hablando solo noches enteras.  
Tiene la figura de un rascacielos.  
Tiene la figura  
de un cinturón lleno de explosivos.  
Tiene la figura de los explosivos.  
Tiene la figura de una mancha que no se borra.  
(Si cierro los ojos  
dejará de existir).  
(A Dios le dan vuelta los cabalistas  
de atrás hacia delante como a una hembra).

Yavhé  
Baphomet  
Alá  
Tiene la figura de un cubo  
Tiene la figura del tetraqueo  
Tiene la figura de un espermio  
Tiene la figura de un león  
De un cordero.  
Tiene la figura de un río.  
De un cuerpo flotando en un río.  
(Una gota que ni se diluye ni se disuelve).  
De una partícula.  
(Tiene la boca seca).

Tiene la figura de una cebolla  
con siete capas  
que nadie puede cortar sin llorar.  
(No tiene papeles.  
No tiene rostro).  
Tiemblo  
cuando alguien llega a mi casa  
por el camino empedrado  
sin asfaltar  
anunciando  
“Good News”.

**DAMARIS CALDERÓN CAMPOS** (La Habana, Cuba, 1967). Poeta, narradora, pintora, docente y ensayista. Entre sus libros más recientes se encuentran *Las pulsaciones de la derrota* (Lom Ediciones, 2013), *El tiempo del manzano* (Editorial Verbo Desnudo, 2018) y *Daño colateral* (Casa Vacía, 2021). En 2014 obtuvo el Premio Altazor a las Artes, en el género de poesía, y en 2019, el Premio a la Trayectoria de la Fundación Pablo Neruda.

## Cinco poemas de *Aquí tenemos dioses cortados a machete*

Lucía Rothe

### Prólogo

*Malaise (contraire de l'aise, sur lat. jacere, «jeter», lui-même lié à l'idée de demeure, puis de commodité et de plaisir) désigne une sensation pénible, tant morale que physique, et implique en particulier la perception, plus ou moins consciente ou confuse, d'un dysfonctionnement dans les rapports entre l'âme et le corps. Sous ce terme de malaise, on peut regrouper une multitude de souffrances passagères ou chroniques, ténues ou aiguës, dont pâtissent une personne, mais aussi un groupe: une époque, une langue, une culture ou une nation peut se singulariser de nommer, caractériser et exprimer, en littérature comme en philosophie, son malaise.*

*[...] Les expressions du malaise et de la douleur diffèrent aussi considérablement, impliquant syntaxiquement le tout (lat. me dolet, «je souffre») ou la partie (angl. my foot aches, «j'ai mal au pied»); et déterminant un rapport à la philosophie (angoisse, Sensucht) et/ou à la poésie (nostalgie, saudade, spleen), à la littérature (desengaño), au silence (acedia).*

BARBARA CASSIN,  
VOCABULAIRE EUROPÉEN DES PHILOSOPHIES

### tricentésimo décimo día.

sin pedazos de cerebro torcido cianuro enriquecido de las nubes  
enloquecidas que cuentan disparadas en los escaparates de  
micelios

una disonancia del abismo que me condena  
o que me levanta inmune entre los encuentros  
o que (disparate, cierto) desnuda la cantidad de la separación.

sigo, la bondad y la caridad mendigan sin ganas,  
meneamos el dintel y juramos nimiedades.  
sigo, la lengua parpadea impúdica debajo del campo (inútil).  
las mareas nos sobrepasan,  
como hijos roídos elegimos el combate al suicidio  
porque la luna es bella y a veces el frío alcanza.  
sin embargo la mitad de mi cordura  
se hunde entre tus dedos y su confianza.  
concretemos la espera,  
si ha de ser un horizonte apartado

completemos con gritos tercermundistas  
(pan, milagros) (pan, milagros)  
—es la fe del incrédulo la dicha de este cuerpo—.

tú y yo tenemos grabado a fuego,  
sobre las comisuras de los labios,  
sobre la entereza del aplauso.  
mi condena es un engaño cuando sostienes que pudo más la alforja,  
un epíteto,  
la aparescencia intermitente.

después, la locura amenaza mis movimientos  
desnudo de uno en uno los intentos de mandar,  
confieso que busco la entereza de la palabra hundida.  
después, se dividen los equinoccios  
para completar las pesadillas marciales,  
y se hunde el cielo, la tierra penetra dolorida la inmensidad que nos  
alcanza.

después.  
con cualquiera de estas razones simularemos la palabra,  
porque del silencio han de desvanecerse,  
tus párpados como moscas entran en un fulgor delicioso  
y yo callo.

callo dentro del abismo enhiesto de las horas pausadas  
no podemos dejar de contemplar nuestras caras  
y saltas dentro de mí para construir un espejo molecular  
un espacio bidimensional estático,  
un conversor de temperaturas estáticas del espacio vacío.  
una sola de tus palabras basta  
—es la fe del incrédulo la dicha de este cuerpo—  
y las horas de tu lengua que reflexionan los pasos  
eres sagrado frente al mar que no cree en nadie  
que no cree en nadie, como tú  
que no crees en mi espanto,  
en el fulgor incierto de una o dos miradas apresuradas  
de mis dedos que no llegan a tu cabello  
de todas las negativas en rondas pausadas  
el abismo

el abismo

puedo destrozarme desde adentro con la más pequeña de las armas  
 con el silencio más liviano y más corto de los bronces  
 con un solo acorde de nuestra cumbia inexistente  
 con el lazo del nombre del primer hijo que no existe  
 basta tu nombre y el vacío  
 basta comprender el instante donde alguno de ellos me lamió el ojo  
 me tomó los cabellos,  
 arreció la espera  
 espectral mundo de los caídos,  
 comprendemos las formas idóneas de dar peso a las masas  
 palabras huérfanas que destrozan tus manos  
 dentro de ellas estoy, dentro de una botella vacía  
 dentro del espíritu del agave, del tabaco barato, de los viajes a la  
 bodega  
 del alcohol immaculado que en tu aliento transforma la noche  
 —es la fe del incrédulo la dicha de este cuerpo—  
 y la lumbre casi invisible aclara todo el paisaje.  
 no es ninguna de estas sensaciones porque la lucidez no alcanza  
 porque estar en tus manos y rezar a cualquiera de los dioses  
 es más grande que cualquier milagro cumplido  
 es sabernos desnudos dentro de una sola palabra  
 el suicida conversa con las voces que me hacen ser una estatua.  
 entonces la guerra se pausa dentro de una palabra invisible  
 viaja penetrante en el espacio minúsculo de la reflexión arcaica  
 nos hemos dejado domar en las épocas cercanas  
 porque sobrevivir es el peor trabajo de todos  
 debajo de los pies de quienes pueden exprimir el mundo exhalando  
 inhalando para envenenarse con ellos mismos  
 detrás de las cámaras de la armazón humana está el individuo  
 desnudo  
 lamiéndose lento, dentro de sus propios párpados

para comentar el abismo como una forma de ficción igual de desnuda  
 más la libertad que se ensaña  
 que hecha raíz y no deja contemplar el tamaño del mundo.  
 porque todo lo que está afuera de tu cuerpo es HDR  
 y cualquier cosa ideal y absurda  
 cuando mis dedos no son suficientes para entender todo mi cuerpo  
 cuando nos pongamos a sobar las nalgas del universo  
 en la verborrea santísima del cocuy  
 y los jugos divinos de las madrugadas heladas  
 que luego calcinan como mentirosos  
 como si aún quisiéramos confiarnos a la naturaleza  
 y destruir lo poco que nos han enseñado,  
 lo poco que amamos como propio  
 para dejar de entender cómo fusionan los segundos dentro.  
 afuera cuando se vuelven horas  
 y después cuando sólo es una distancia absurda.  
 sólo somos esos pequeños imbéciles desnudos  
 riéndonos del espacio que empezamos a marchar  
 y nos deshacemos de las luces y corremos corpóreos  
 y nos deshacemos de nuestras ropas cuando nos vomitamos dentro  
 del  
 río  
 mentimos que la espera no es tan monumental y podemos entenderla  
 porque no nos separan nada más que metros pálidos  
 de creencias astutas y de colores.  
 es alguna de estas batallas algo digno de emprender entre las luces  
 que  
 destapan  
 cuando el intelecto no alcanza,  
 se van desfigurando los cuerpos presentes  
 para ensayar la transición a la muerte.

**once.**

*Qu'il s'agisse du corps d'autrui ou de mon propre corps, je n'ai pas d'autre moyen de connaître le corps humain que de le vivre, c'est-à-dire de reprendre à mon compte le drame qui le traverse et de me confondre avec lui. Je suis donc mon corps, au moins dans toute la mesure où j'ai un acquis et réciproquement mon corps est comme un sujet naturel, comme une esquisse provisoire de mon être total.*

MAURICE MERLEAU-PONTY  
*PHÉNOMÉNOLOGIE DE LA PERCEPTION*

penetrar perforar subyacer dar placer  
y moverse despacio, despacio  
y contemplar con el tiempo suspendido  
entre tus dedos que entran encajan  
y la dureza hace temblar tu vientre  
tus ojos y tus ojos con los párpados  
pegajosos perfectamente circulares.  
penetrar para tapar la falta de aire y de huesos  
para mi holgura para mi falta  
ensalivando la tibieza de la entrada.

**treinta y ocho.**

si somos  
el ojo de una aguja

un espejo cóncavo  
un vaso vacío

en el frío de la sangre  
azul bajo el agua

una máquina oscura

paisaje

cuerpo/espacio disuelto en ácido  
lengua árida

amormío

qué oscuro      qué oscuro

## cincuenta y cinco.

quédate

permanecer, distinguir y desobedecer la posición que cruza la  
necesidad

de movimiento  
te he llamado a dirigir la vista a lo invisible sin ritmo  
la conciencia extrema que son las manos que condensan el ruido  
para

darle una forma precisa

concédeme el movimiento externo en la estática de la noche

seca

concédeme el espacio que figura en la mancha que delinea este  
nombre completamente vacío de arrogancia.

desnuda y seca.

Quédate

## Miserere

*Dilexisti omnia verba praecipitationis; lingua dolosa*

*PSALMI 51:6*

### I

Si con la fuerza de la grieta se hace agua salada y escucha con  
lentitud

lo espeso  
salí de mi casa para huir de la voz molesta que me llama a  
deshacerme

del cuerpo  
la vestimenta corta de mi ira vuelve destreza  
despunta como almíbar de los labios del primero entre los hijos  
soy múltiple y por eso resisto:

Me devolví del espanto a la ruina por ahorrar ofrecer el dorso de  
la mano  
escupir corales pesados de partida de un día desconocido.  
No soy hombre de mar y la tierra me espanté con su fuego  
la luz se vence enmohecida  
la luz roe la fibra entumecida  
la luz me encuentra ovillado en la esquina más próxima del  
purgatorio.

No estoy convencido de que sea suficiente  
que se mueva toda la arena debajo mío  
no he de levantar un solo ojo para verla  
todas mis hijas escaparon con la lumbre del extranjero

todos mis hijos piden limosna con el dorso de la mano.  
Me vienes a ofrecer la piedra del hambre y lo resisto  
qué es construir la ira sino sentarse a separarnos del resto  
es como la paja que envuelve las puertas de la casa,  
reconocí fugazmente que la cordura ha de ser demasiada para  
encontrar

anhelo.

Estoy vivo y dentro de mí no puedo salir del encierro de mi propio  
aliento

estoy vivo y sin embargo tapo mis manos de un sonido que penetra  
mi cráneo

tengo meses a pie y kilómetros pegados adentro  
estoy vivo pero niego,  
estoy vivo y dentro de un cajón de manzanas duermo  
estoy vivo.

*Señor: haz de mí una brizna de paja  
deja que me olvide de todo  
lentamente*

Has sido llamado al silencio  
con la grasa de tu cadera derecha purificaré una villa entera  
con el sudor de tu vientre apagaré uno a uno los astros.

Has sido llamado a la oscuridad  
con la mitad de la fe de tu ojo izquierdo  
fundaré una ciudad de concreto

más fuerte que tu propia terquedad.  
Antes que yo otros hombres se deshicieron de su propio castigo  
unos más iguales que otros se sobreviven a ellos mismos con el lujo  
de poder elegirlo  
para mí reclamé la suerte de saberme vencido y ser complaciente  
pero desnudo y detrás de las olas me desintegro podrido y blando por  
dentro

con el mecer de los labios de las mujeres de mi pueblo,  
con jabón de cabra, bolsa de carne seca.

En mi cintura se ciñe la faja de mi madre  
con sus manos acomoda el tiempo de cada una de las cosas  
aquí en el hedor, en la bilis en mi piel que se pega a las paredes  
en la túnica áspera con que se sostiene mi tórax  
los huesos van tomando formas imprecisas  
primitivas

como el redondel elástico de una noche de agua.

Soy un pozo envuelto en deseo por la hija de mi hermano  
envuelto en la ira  
envuelto.

Aquí están las ropas de mi hermano muerto  
del primogénito de mi estómago, soy piel en la bota de vino.

## II

Es en la izquierda donde tengo el espacio  
me falta un hueso y cometo un asesinato  
uno es el trazo y el otro la lanza.



Sale del cuerpo y atraviesa lo que queda de bisel  
en arco ampuloso se estira a lo alto  
para mostrarse un cristo ennegrecido de coral  
embrutecido de olas  
un cristo óxido y perla.

Por vergüenza me he matado  
del cuerpo que me roía construí tres lechos  
uno de sol mugriento para espantarlos  
los brazos riachuelos de higos venenosos  
y espuma que ha sobrado de mi ombligo y las entrañas.

Un cristo noctámbulo con ojos enrojecidos:

*No hemos dormido hace años.  
Danos la piel vencida de tu rostro.  
Servirá para la sed.*

**LUCÍA ROTHE** (La Paz, Bolivia, 1994). Estudió Música en el Conservatorio Plurinacional de Música, y Filosofía en la Universidad Mayor de San Andrés. Ha publicado *tedium.*, obra ganadora de la quinta versión de Letras del Nuevo Tiempo de la FCBC (2020), y *Ensayo de transición* (Maki\_naria Editores, 2016), así como los fanzines *Aquí tenemos dioses cortados a machete* (2021) y *Control* (2017).

## De vuelta en la casa rodante (o el lobo y el juglar)

Jenni Fagan

En ocasiones creo  
que la poesía me dejará

— como quien llegó a las siete,  
fisgoneó en cuadernos

robados, y deja el mundo entero  
más frío que un cuarto de láminas.

Las pesadillas tan reales  
que oriné en el rincón,

las siluetas y sombras  
tan desconocidas como una sala de espera,

dormí en el suelo,  
me trepé a una cama

en la mañana,  
fue como si ella se hubiese metido en mí

y así, soñar —  
como si me encogiese hasta ser un punto.

En ella había acentos,  
gente vestida de gala o conjuntos deportivos

triunfaron por aquí y por allá, regresaron,  
se ganaron sus “me gusta” y “no me gusta”

había polvo sobre la  
flácida piel de

los gatos de porcelana, puré de papas  
el golpe sordo de los platos contra las mesas,  
sillas delirantes,  
niños copiones-devorando pisos —

mi voz abandonada por completo  
¿a quién echar la culpa?

Haciendo garabatos en la página  
y una palabra que sigue a la otra —

¡Mira eso!  
En ocasiones creo que  
la poesía me

abandonará — como con quien me senté  
en la unidad habitacional hasta al amanecer,

después de una noche interminable,  
y él trajo un foco rojo,

y todavía logró esbozar  
una sonrisa medio torcida,

contempló  
el suicidio de una preadolescente

completamente decidida a morir —  
todos tenemos ese derecho,

fue el azul y grana de las luces  
del antro,

frenos metálicos pulverizando  
dientes torcidos,

fueron los haces de las luces  
del metro, destellos de ratas

corriendo a lo largo de las vías,  
los latidos —

y el carrusel a la nada  
ella sabe que los esqueletos

se visten con seres confundidos,  
atrapados,

excluidos, cautivos,  
ella fue tan inevitable como la lujuria,

el remedio no fue el karaoke,  
como tampoco el sudoku supuso un reto.

Ella ya conocía el olor a mar  
en mis bragas después de bañarme en el  
río todos los días,  
cuando dormía por una semana

en el bosque,  
por una semana (ni siquiera era adolescente)  
ella llegó (para entonces) como una canción de cuna

precisa como la infancia.

Se negó a irse.  
Ella siempre juró discutir

el punto es, dijo, que el suspiro  
más superficial no tiene fin,

volvió a pintar indiscriminadamente los cielos,  
se recostó cada noche

a escuchar mi corazón,  
prometió siempre estar consciente.

Si lo hice, los segundos agazapada  
en rincones me enseñaron

a amacizar las lápidas  
bajo la suela de mis Doc Martens —

¡Ella siempre le subía a la música!  
¡Ella siempre supo del lobo y el juglar!

Se casó conmigo sin saberlo,  
se fue al otro lado

y colgó esa pintura nuestra  
de cuando nos casamos.

*Traducción de Fred Castillo Dávila*

**JENNI FAGAN** (Livingstone, Escocia, 1977). Novelista y poeta. Ganó el premio del *Sunday Herald* de cultura en 2016 a la mejor escritora. Gracias a su novela *Panopticon*, fue incluida en la lista de mejores autores británicos de la revista *Granta*.

## El sombrero rojo

Morley Callaghan

Era el tipo de sombrero que Frances llevaba deseando por meses: rojo, sencillo y pequeño, de ala angosta, ligeramente curvada hacia adentro, que se vería tan elegante, simple y costoso. En realidad no era la gran cosa. Era tan sencillo, pero era el tipo de sombrero de fieltro que la hubiera hecho sentirse impecable. Se detuvo en la acera, con la cara casi pegada a la ventana de la tienda, una chica simpática, delgada, alta, con un vestido rojo de lana ajustado al cuerpo. Las últimas tres noches, al salir del trabajo, se había detenido a mirar el sombrero, y cuando llegaba a casa le decía a la señora Foley, que vivía en el departamento de al lado, cuánto le gustaba el pequeño sombrero. En el mostrador había varios sombreros elegantes, todos muy costosos. Pero sólo había un sombrero rojo de fieltro, sobre la cabeza de un maniquí de cara plateada y labios muy rojos.

Aunque Frances permanecía frente a la ventana durante mucho tiempo, no tenía intenciones de comprar el sombrero, porque su marido estaba desempleado y no tenían forma de pagarlo. Esperaba que su marido consiguiera pronto un trabajo decente, y así comprarse ropa para ella. No era que su aspecto diera lástima, pero el clima de otoño era algo frío, y un viento afilado soplaba con ímpetu de vez en cuando por la avenida. En las primeras horas de la tarde, cuando el sol resplandecía, se veía abrigada y pulcra con su vestido de lana, pero al anochecer, en el camino del

trabajo a la casa, sentía que debía llevar cuando menos un abrigo ligero.

Aunque debía seguir su camino a casa, Frances no podía resistirse a pararse allí, pensando que se vería hermosa con ese sombrero si fuera a salir con Eric al caer la tarde. Ya que había estado tan irritable e insatisfecho últimamente, Frances pensaba ahora que lo complacería si usaba algo que le diera un nuevo toque de elegancia, que se pondría de buen humor, que se sentiría orgulloso de ella y que estaría contento, en últimas, de que estuvieran casados.

Pero el sombrero costaba quince dólares. Tenía dieciocho dólares en su cartera, todo lo que le quedaba del sueldo después de hacer las compras para la semana. Era ridículo que se parara allí a mirar aquel sombrero, obviamente muy costoso para su situación, así que sonrió y se alejó, con las manos en los pequeños bolsillos del vestido. Caminó despacio, echando un vistazo a las dos mujeres que permanecían en el otro extremo del mostrador. La más joven, que usaba un abrigo de terciopelo con piel de ardilla, le dijo a la otra: “Entremos, vamos a probarnos algunos”. Con algo de duda y casi dando media vuelta, Frances pensó que sería bastante inocente y divertido si también ella entrara a la tienda y se probara el sombrero rojo, sólo para ver si se le vería tan bien como a la cabeza del maniquí. Nunca se le pasó por la cabeza comprarlo.

Dentro de la tienda, caminó sobre una alfombra gris, suave y gruesa, hasta la silla que estaba cerca de la ventana, donde se sentó sola por algunos minutos, mientras esperaba a una de las vendedoras. En uno de los espejos se veía a una señora mayor, de cabello teñido, atareada con muchos sombreros y hablando con una vendedora respetuosa y paciente. Al mirar la figura dominante de la mujer del cabello teñido y su traje costoso, Frances se

sintió avergonzada, porque pensó que, por la expresión de su cara, debía de ser evidente para todos en la tienda que ella no tenía intenciones de comprar nada.

Una vendedora de pechos abultados y traje de seda negro le sonrió mientras la valoraba detalladamente. Frances era el tipo de clienta a la que le quedaría bien cualquiera de los sombreros. Al mismo tiempo, mientras la miraba, la vendedora se preguntó por qué no estaba usando un abrigo, o al menos cargaba uno, pues las noches eran en general frías.

—Quería probarme el sombrero pequeño, el rojo que está en el mostrador —dijo Frances.

En ese momento, la vendedora ya había decidido que Frances sólo quería divertirse probándose los sombreros. Así que cuando tomó el sombrero del mostrador y se lo entregó, sonrió cortésmente y la miró acomodarse el sombrero en la cabeza. Frances se lo probó y se acomodó un mechón de cabello claro hasta que estuvo ondulado junto al borde del sombrero. Y después, dado que estaba encantada al advertir que se veía tan atractivo en ella como en la cabeza del maniquí con la cara plateada, sonrió contenta al ver en el espejo que su propia cara tenía la forma de la cara del maniquí, un poco alargada y estrecha, la nariz firme y delicada, así que sacó su lápiz labial y se repasó los labios. Al verse de nuevo en el espejo, se sintió extasiada y le pareció que experimentaba algún tipo de libertad. Se sentía refinada e incluso arrogante. Entonces vio la imagen de la vendedora amable y de pechos abultados.

—Es bonito, ¿no? —dijo Frances, y en ese momento deseó no haber entrado nunca a la tienda.

—Le viene maravilloso, especialmente a usted.

—Supongo que podría cambiarlo si a mi marido no le gusta —respondió de repente.

—Por supuesto.

—Entonces lo llevaré.

Incluso mientras pagaba el sombrero y se aseguraba a sí misma que sería divertido llevarse el sombrero a casa por una noche, tuvo la sensación de que debía haber sabido que cuando puso un pie en la tienda era porque tenía intenciones de comprarlo. La vendedora sonreía. Frances, ya sin ninguna vergüenza, estaba feliz de pensar en salir con Eric y usar el sombrero, con la etiqueta del precio escondida entre el cabello. En la mañana podría devolverlo.

Pero al tiempo que salía de la tienda, se iba formando la esperanza de que Eric la encontrara tan encantadora con el sombrero rojo, que él mismo insistiera para que se lo quedara. Quería que él se fijara en ella con un interés renovado, que apreciara el sombrero, que descubriera su comedida elegancia. Y cuando salieran juntos al caer la tarde, ambos compartirían el sentimiento que ella había tenido cuando se miró en el espejo de la tienda por primera vez. Llevando la caja, impaciente, Frances se apresuró por llegar a casa. El viento afilado había disminuido. Cuando no había viento en las noches de otoño, no hacía frío, y no tenía necesidad de utilizar un abrigo con su vestido de lana. Ahora empezaba a oscurecer y todas las calles ya estaban iluminadas.

Las escaleras del edificio eran largas y algunas veces se hacían inacabables, pero cuando abrió la puerta respiraba sin ninguna dificultad. Su marido estaba sentado junto a una lámpara de mesa, leyendo el periódico. Tenía el cabello negro y la nariz bien formada, y parecía completamente sin energía, desplomado como estaba en el sillón. Un ligero olor a *whisky* provenía de él. Llevaba cuatro meses desempleado, y una parte de su espíritu ya lo había abandonado, como si sintiera que nunca más tendría independencia. Buena parte de la tarde había estado caminando por los teatros, hablando con otros actores también desempleados como él.

—¡Hola, Eric querido! —dijo ella y le dio un beso en la cabeza.

—Hola, Frances.

—Salgamos a comer más tarde.

—¿Con qué?

—Dinero, muchachón. Así sea algo que valga un par de dólares.

Él a duras penas la había mirado. Ella fue a la habitación, sacó el sombrero de la caja, se lo ajustó a la cabeza en el ángulo correcto, se empolvó la nariz y sonrió entusiasmada. Caminó hacia la sala con energía, balanceando ligeramente las caderas y tratando de no sonreír de manera muy evidente.

—Échale un vistazo a este sombrero, Eric. ¿Qué dices de salir conmigo?

Con una sonrisa, él respondió: “Te ves elegante, pero no tienes con qué comprar un sombrero”.

—Eso no importa. ¿Qué te parece?

—¿De qué sirve si no te lo puedes quedar?

—¿Alguna vez viste que algo me quedara tan bien?

—¿Era día de descuentos?

—¿Descuentos? ¡Quince dólares en una de las mejores tiendas!

—¿Y a ti se te da por estar viendo sombreros de quince dólares cuando yo ni siquiera tengo trabajo? —le preguntó enojado, levantándose y mirándola fijamente.

—Pues sí.

—Pues es tu dinero. Haz lo que mejor te parezca.

A Frances le dolió esto último, como si llevara sintiendo por meses una constante presión, y respondió: “Ya lo pagué, pero no significa que no pueda devolverlo si tú insistes”.

—Si yo insisto —replicó, poniéndose en pie muy despacio, con una mueca de desprecio, como si llevara meses guardando odio hacia ella—. Si yo insisto... Cuando sabes cómo me siento al respecto de todo esto.

Aunque a Frances le dolía toda la escena, la indignación le dio fuerza, se encogió de hombros y repitió: “Quería usarlo esta noche”. La cara de Eric estaba pálida y tenía los ojos casi totalmente cerrados. De repente le sujetó una muñeca, que torció hasta que Frances se desplomó sobre las rodillas.

—O devuelves ese sombrero o te rompo hasta el último hueso que tengas... Me largo de aquí.

—Eric, por favor.

—Has estado reteniéndome todo este tiempo, ¿no?

—No, Eric.

—No quiero ver nunca más ese sombrero. Te deshaces de eso o yo me largo de una vez por todas.

Y dicho esto, le arrebató el sombrero de la cabeza con fuerza, lo retorció en sus manos, lo tiró al suelo y lo pateó hasta el otro extremo de la sala.

—Te deshaces del sombrero o todo se acaba.

La indignación de hace un momento había abandonado a Frances. Ahora sólo tenía miedo, de Eric y de que en cualquier momento saliera y ya no regresara más, porque sabía que esa idea no era nueva. Levantó el sombrero y sintió la suavidad del fieltro, casi sin verlo por causa de las lágrimas. El fieltro estaba ajado y en el lugar de la etiqueta del precio sólo había quedado una pequeña marca.

Eric se había sentado a verla.

El sombrero se había arruinado y ya no había posibilidad de devolverlo. Frances lo puso de nuevo en la caja, lo envolvió en el papel de seda, y se dirigió por el pasillo al departamento de la señora Foley.

Era una mujer gorda, de cara redonda y jovial, y le abrió la puerta con una sonrisa, pero al ver que Frances estaba perturbada sintió pena por ella: “Frances, mi niña, ¿qué sucede?”.

—¿Recuerdas el sombrero del que te he hablado? Aquí está, pero no se me ve bien. Me sentí muy decepcionada, me lo quité con fuerza y le hice una pequeña marca. Pensé que tal vez a ti te gustaría.

La señora Foley supo de inmediato que Frances había peleado con su marido. Levantó el sombrero y le dio una mirada penetrante. Luego fue a su habitación y se lo probó. El fieltro era bueno y, aunque había sido maltratado, aún era suave. “Claro que yo nunca doy más que cinco dólares por un sombrero”, dijo. El pequeño sombrero de fieltro no le sentaba bien a su cara redonda.

—Me da pena ofrecerte cinco dólares, Frances, pero...

—No pasa nada. Dámelos.

La señora Foley estaba sacando el dinero de la cartera cuando a Frances se le ocurrió una idea: “Oye, si la próxima semana lo quisiera de vuelta, ¿me lo venderías en los mismos cinco dólares?”.

—Sí, mi niña.

Frances volvió corriendo al apartamento. Aunque sabía que no era posible que Eric hubiera salido mientras ella estaba en el pasillo, pensaba: “Dios mío, por favor no dejes que haga nada para causar que Eric se vaya mientras las cosas estén así”.

Eric, de brazos cruzados, miraba por la ventana. Junto a él había una pequeña mesa, en la que Frances puso los cinco dólares que le acababa de dar la señora Foley, más los tres que le habían quedado a ella. “Se lo vendí a la señora Foley”, dijo.

—Gracias —respondió él sin verla.

—Me siento mucho mejor así —agregó ella pausada y sinceramente.

—Bien, lo lamento.

—No, no se trata de eso. Sólo no sé por qué piensas que no me siento bien así, es todo.

Sentada junto a él, Frances apoyó el codo sobre la rodilla y pensó en cómo le quedaba el sombrero a la señora Foley: nada bien. Su cara no era para nada como la cara fina y plateada del maniquí. Luego pensó en cuánto le había gustado al verlo en la ventana de la tienda, y entonces deseó que pasara algo, cualquier cosa, que le permitiera recuperar el sombrero al final de la semana de manos de la señora Foley. Y sólo de pensar en ello, sintió la embriaguez de la vanidad. Era un sombrero pequeño, rojo y sencillo, el tipo de sombrero que había deseado por meses, elegante y costoso; un sombrero de fieltro simple pero excepcional.

*Traducción de Nathaly Bernal Sandoval*

**MORLEY CALLAGHAN** (Toronto, Canadá, 1903-1990). Fue novelista, cuentista y locutor de televisión y radio. Entre sus libros más conocidos se encuentran *Strange fugitive* (Charles Scribner's Sons, 1928), *The loved and the lost* (Macmillan, 1951) y *That summer in Paris* (Coward McCann, 1963). Obtuvo el Premio del Gobernador General (1951), el premio Molson (1970) y el premio Royal Bank of Canada en 1970 por su contribución a la vida artística e intelectual de Canadá.

## El visitante

Denise Ocaranza

*Habría sido más difícil  
—¡Oh, sí, mucho más difícil!— seguir siendo niña.*

BEATRIZ MENDOZA SAGARZAZU

### I

Hace días que llueve sin parar; ya ni me acuerdo cómo era la vida antes de los charcos, el frío, los impermeables y los paraguas. Tampoco es como si hubiera vivido tanto, apenas diez años, pero cuando una es niña casi todos los días se parecen. Digo casi porque hay unos que sí distingo de los demás: esos en los que siento la punzada en el pecho y me dan ganas de vomitar hasta las tripas, pero me aguanto por puro miedo y comienzo a no pensar, a tratar de separar la mente de mi cuerpo hasta que él se va.

¿Él? Sí, el hombre que irrumpe en casa cada fin de semana. Él sabe todo sobre cualquier cosa que le pregunten otros adultos y no es pobre como nosotros, usa suéteres calentitos, camisas vistosas, pantalones planchados y nunca repite zapatos. He espiado algunas veces dentro de esa maleta que nunca termina de desempacar: dobla su ropa mejor de lo que mi mamá dobla la nuestra, trae más mudas de las que se pone en casa (tal vez es un elegante vagabundo que de aquí se va a fastidiar a otras familias); también

guarda un cepillo, gel, rasuradora, espejo, desodorante y loción. Una vez, aunque me temblaron las manos y sentí que el corazón me palpitaba en la sien, robé de su maleta unos calcetines. Eran tan suaves y esponjosos que parecían gatitos con rombos bordados. Esos gatitos para pies son mi tesoro.

Cuando hay vacaciones pasa más tiempo, pero es evidente que después de dos días con nosotros su malhumor empeora y le parecemos más y más insoportables, a pesar de que hacemos como que no existimos. Este hombre con manos grandísimas y peludas, pero uñas bien cortadas, al cuarto día lluvioso encerrado con nosotros golpeó a mi mamá. Yo acostumbro mirar inmóvil esas escenas como si se estuvieran proyectando en otra familia y no en la mía, mientras Joelito llora o se esconde y mi madre se queda callada.

Luego de pegarle, guardó sus cosas cuidadosamente, bajó las escaleras corriendo, manoteó la manija, azotó la puerta, se subió a su coche, nos miró con desprecio y se fue. Pensé que esta vez se iba para siempre, recé para que así fuera, porque presentía que si regresaba, habría cambios en mí que no podría detener.

En cuanto se alejó, Joelito se puso a arrancar hojas de un cuaderno para hacer barquitos; me senté a su lado y le ayudé a decorarlos con rombos de colores, mientras mi mamá doblaba ropa que olía a humedad. Después salimos a la banqueta y colocamos los barquitos en el agua turbia que bajaba por la calle. Hicimos la apuesta de hasta dónde llegarían flotando y los dos perdimos porque no llegaron ni a la esquina, las coladeras estaban tapadas y nuestros barcos —en los que hubiéramos querido huir antes de que él regresara— se estancaron con la basura.

Seguía lloviendo y pensé que nuestra casa era como un barco viejo que cualquier día se hundiría. Y no me dio miedo. Estaría aterrorizada si en este barco siguiera aquel hombre y tuviera que



pasar mis últimos momentos con él, tal vez mirando sus ojos, esos ojos que reconozco en el espejo, sobre todo cuando me enojo.

Aquella tarde entramos a la casa y era como si nada hubiera pasado, olía a chocolate caliente y mi mamá planchaba con la televisión prendida. Estoy segura de que ella es la mujer más bonita y bondadosa que conozco. Cuando él no está pareciera que nada la perturba, que tiene todo bajo control, por eso creo que él es la manzana podrida de la familia. Me preocupa cuando la gente dice que no me parezco en nada a mi mamá, porque entonces me están diciendo que me parezco a él y eso explicaría por qué a veces me siento como perro con rabia y me da por morder con palabras a los demás.

## II

Pasaron varios fines de semana sin su presencia. Apenas me acordaba del visitante, aunque cada viernes sentía una presión en el pecho que era como una probadita del miedo, un miedo que era capaz de ignorar mientras iba a la escuela, jugaba, hacía tareas y mandados. Joelito también lo siente porque tiene cinco años y sigue mojando la cama. He escuchado a mis tías decir que mi madre tiene miedo de necesitarlo para criarnos; sé que también teme dejarnos solos cuando sale a trabajar, así que nos encarga con ellas o con los abuelos; teme que salgamos a la calle, que hagamos malas amistades y que aprendamos majaderías, a pesar de que él trae a casa las peores que he escuchado. A mí no me deja salir a jugar con otros niños, menos si son mayores. No me aburro, pero tampoco puedo decir que me divierto. Mi juego preferido es el de observar a los demás hasta incomodarlos.

Estaba en la azotea comiendo una mandarina y escupiendo las semillas hacia la calle cuando escuché el azote de la puerta,

los pasos firmes que sólo podían pertenecer a pies grandes y pesados y luego una voz rompiendo el silencio de la casa: “¿Qué hay de comer? ¿Cómo que nada para mí!? ¡No te hagas pendeja y prepárame algo rápido, que tengo hambre!”. Me vino de nuevo la punzada. Salí corriendo de donde me encontraba para esconderme tras mi mamá. “¿Y tú? ¡Ponte a hacer algo, escuincla huevona! ¿Dónde está el control de la tele? Chingada madre, viendo caricaturas; órale, mocoso, salte de aquí”.

¿Cómo pude distraerme y olvidarme!? Es viernes y tarde o temprano regresa, así como vuelven nuestros ojos a golpear el piso, los susurros y la rigidez de nuestros cuerpos. Al sentarnos a la mesa nadie habla, se escuchan los cubiertos, los platos y sus gruñidos. Cuando él está, la comida me desagrada, tanto que calculo y cuento las cucharadas que faltan para poder levantarme de la mesa sin que me grite. Una vez Joelito vomitó a media cena y lo puso a limpiar a punta de zapes. Yo no lo defendí, no supe cómo. Le gritaba que era un inútil, que todo lo hacía mal. Mi mamá intervino, Joel berreaba y se limpiaba los mocos con las manos. A mí me ordenó que terminara de comer de una buena vez y que recogiera los platos. Al llevarlos a la cocina temblaba tanto que sentía que se me caían; con su mirada clavada en mi andar, pude dejarlos sobre la tarja sin provocar más problemas. “Torpe”, me dijo, y corrí atrás de mi madre, quien llevaba de la mano a mi hermanito. En cada comida sucedía algo similar. Como si fuéramos tres saquitos de boxeo a los que tenía que derribar a puro grito, a pura ofensa.

Amaneció. Era sábado y a mi mamá la llamaron para cambiarle el turno, debía ir al trabajo. Le rogué que no fuera, porque no nos queríamos quedar con él. Murmuró que no había de otra. Quiso animarnos diciéndonos que lo acompañaríamos a un mandado fuera de la ciudad; nos pidió que nos portáramos bien y nos

persignó como si la señal de la cruz pudiera protegernos. Cuando él está no nos protegen ni las estampitas de la virgen, ni el cristo de madera, ni el cuadro del ángel de la guarda. Al menos hoy no suena tan enojado, lo escucho chiflar y cantar mientras se viste. Nos avisa que ya casi nos vamos.

### III

Subimos al coche —no sin antes azotar los pies en el asfalto para asegurarnos de eliminar la tierra o lodo en los zapatos—. El olor de su loción nos recibe de golpe y se me revuelve el estómago. Ruego al cielo que sobrevivamos a este día. El hombre ya está al volante y pone música que cree que nos gusta. Está lejos a donde vamos porque las canciones se empiezan a repetir: “Cepillín, Cepillín, en la feria de Cepillín. Cepillín, Cepillín, en la feria de Cepillín...”. Él golpea el volante como si fuera una batería y hace como que baila.

Voy adelante, con el cuello tenso, evitando voltear hacia cualquier lado. No quiero regaños por no poner atención al camino. Estoy atenta, señor. Atenta. Joelito se quedó dormido; bendito, siempre acogido por algún santo. Pienso que ya no estoy tan pequeña, que si cierro fuerte los ojos (cuando él no me vea) y luego los abro habré crecido un poco más y podré defender a mi hermanito y a mi mamá, aunque muera en la lucha.

Él disminuye la velocidad y se detiene frente a un edificio viejo y descuidado. Se baja con una caja en las manos. Con un dedo amenazador nos advierte que nos comportemos, que no tarda. Pero tarda. Al menos apagó la música y podemos bajar un poco las ventanillas. Joelito me pide que abra la puerta, está pálido y no alcanza a decir nada más: de la boca, en vez de palabras, le sale lo que en la mañana eran huevos con salchichas. Lo regaño

porque tengo miedo, ensució su coche y no nos lo va a perdonar. Quiero correr, desaparecer, pero en vez de eso bajo a Joel y lo siento en una piedra grande; se queda ahí mirándome y gimiendo. Me quito la sudadera y limpio con ella.

Me acuerdo del cuadro del ángel de la guarda que está en nuestra habitación. En él hay una niña y un niño descalzos cruzando un puente. La niña, más grande que el niño, lo va abrazando como diciéndole que no se preocupe porque detrás traen un ángel enorme, con rubia cabellera y preciosas alas, protegiéndolos de las tablas del puente dañadas, de las aguas arremolinadas que hay debajo de este, de la tormenta que está por caer y de la serpiente que avanza hacia ellos. Además, los niños del cuadro son güeritos. Me pregunto si a nosotros nos habrá tocado un ángel y volteo hacia el cielo. El sol me deslumbra y cuando voy recuperando la claridad veo al hombre con corbata acercándose hacia nosotros; entre más cerca está, más puedo notar su cara paralizada por el enojo. “¿¡Qué chingados pasó!?”. Le explico que ya limpié. Quiero echarme la culpa, pero se me pasa lo valiente y señalo de inmediato a Joel. “Son un pinche estorbo, ya súbanse, tira esa sudadera apestosa, no la quiero aquí”. Es parte del uniforme de la escuela, a mi mamá le va a costar reponerla y me da remordimiento.

Él empieza a hablar con desprecio de las personas a las que les entregó la caja, saca unos billetes de su cartera y nos los enseña con lo que parece una sonrisa ganadora, la sonrisa de cuando alguien gana algo a la mala. Pone de nuevo a Cepillín. Me cuesta descifrar su grado de enojo. Miro hacia el frente, seria. Me digo “vamos, Zaida, no parpadees”. Tiemblo y trato de que no lo note.

La carretera se ve diferente, no es por la que llegamos, sino pura terracería. El coche se mueve de un lado a otro como si se fuera a desarmar. Nadie vive por aquí. Él apaga la música con

un manotazo y se seca el sudor con un pañuelo de tela suave y brillante. Mira para todos lados. ¿Será que nos va a tirar por acá como cuando abandonó a nuestro perro? ¿Y si en realidad lo mató? ¿Y si nos va a matar? Seguro se quiere deshacer de nosotros para herir a mamá.

Pasa el tiempo y descarto que nos quiera aventar por aquí, creo que estamos perdidos. No dice nada, pero lo escucho bufar, oigo también mis latidos y los mocos de Joelito, porque, claro, viene llorando. Detiene el auto, se baja y se aleja caminando. Me parece que tarda muchísimo, pero quizá no fue tanto. Regresa, patea una llanta del coche, maldice y enciende un cigarro; al terminarlo, escupe y sus ojos ya no están tan furiosos. Nos pregunta si queremos hacer del baño. Negamos con la cabeza, aunque me estoy aguantando desde hace un rato.

Sube al coche y continúa manejando. ¿Sería mala idea decir que sí quiero bajar? Buscaría una montañita, me ocultaría un momento tras ella y luego correría, dejando atrás todo, a mi mamá y a Joelito, con quien se desquitaría si me pierdo. ¿Sería muy terrible matar a un hombre?

Un ruido me sobresalta; es su risa: por fin ha encontrado la carretera. No sé muy bien por qué, pero quiero pedir ayuda, aunque en este momento se vea calmado, incluso contento, y haya retomado la música. Después de cuatro canciones reconozco algunas calles y veo semáforos. En un alto nos voltea a ver y pregunta: “¿Quieren hamburguesas, niños?”. No sabemos ni cómo contestar. Tal vez es una broma, nunca hemos comido con él fuera de casa. Ojalá sea una broma. Luego de unos minutos se estaciona frente a un local. Nos bajamos. Pide tres hamburguesas, una cerveza y dos jugos. Voy al baño y cuando vuelvo está discutiendo con el mesero. Me da tanta pena que evito mirar al joven que se retira con la cerveza equivocada.

Mientras comemos considero que tal vez él no es tan malo: me recogió el cabello para no meterlo al plato, limpió las boquillas de los jugos, a Joel le ayudó a partir su hamburguesa y, de vez en vez, aunque un poco brusco, le pasaba la servilleta por la cara. Pero la calma duró poco: se tomó varias cervezas, algunas en compañía de personas que entraban, lo reconocían y lo saludaban. Joel se quedó dormido con los bracitos sobre la mesa. Yo miraba comerciales en la televisión. En uno de ellos un excusado estaba muy tapado y le vaciaban Drano, mágicamente volvía a funcionar y la familia del comercial celebraba. Ese recipiente rojo con una calaverita negra se me hacía conocido. En eso estaba pensando cuando el mesero se acercó para avisar que ya iban a cerrar. Él aventó la silla hacia atrás, abrió su cartera y arrojó el dinero de la cuenta a la mesa; algunas monedas rodaron por el piso.

En casa siguió bebiendo y se puso más odioso. Había mucho ruido en mi cabeza. Una frase que escuché en las noticias revoloteaba en mi mente como un zopilote: “dentro de tu propia casa te pueden matar”. Tenía mucho miedo por nosotros y, aunque me pesaban los ojos de sueño, me puse a vigilar sentada en la cama, con mi pijama de sirenas y el cabello trenzado, mirando desde ahí a Joelito durmiendo, a mi mamá lavando trastes, a él viendo un partido de fútbol y arrojando objetos contra la pared. Contaba las horas para que amaneciera, pero los minutos parecían borreguitos cruzando la cerca lentamente. Callada, tiesa y acalorada le daba vueltas y vueltas a la idea de que no todos los hijos se tienen que parecer a sus padres. La punzada en el pecho se fue al estómago; necesitaba dejar mi puesto de vigilante.

—¿A dónde vas?

—Al baño.

—Tráeme la coca del refri —me ordenó arrastrando las palabras, sirviéndose otra.

Estaba lento y zozco. Ahora llovía fuerte y mi mamá secaba el agua que se había metido a la casa. Al terminar de vaciar las tripas junté todo el valor que me quedaba ese día y vi la oportunidad que no sabía que esperaba. Todo estaba tan claro. Me estiré para alcanzar el Drano. Vacíé un poco en el refresco, pero no lo suficiente porque no se murió, sólo expulsó de su boca toda clase de porquería maloliente y verdosa sobre el piso. Se quedó hecho bola, temblando, sudando, tocándose el estómago. Entre lágrimas, se veía pequeño e indefenso. Llegó la ambulancia que mi madre había pedido a gritos por teléfono con el envase rojo en la mano, mientras yo observaba desde una esquina lo que sucedía, como si le pasara a otra familia y no a la mía.

**DENISE OCARANZA** (Toluca, Estado de México, 1986). Es licenciada en Letras Latinoamericanas por la UAEMéx y estudia, en dicha institución, la maestría en Estudios Literarios. Es autora de *El ladrido secreto* (UAEMéx, 2017) y de *Perdidos en el fuego* (FOEM, 2022). Ha colaborado en *Revista Sinfín, Univer-sitaria* y *Plástico. Revista Literaria*. Es integrante del taller de narrativa de *Grafógrafxs*.

## Dos poemas de *La vida sin centro*

Leandro Llull

### En un subte alguien lee a Virginia Woolf

Una chica alza el mentón hacia la luz quebradiza del metro,  
despega la lectura y sonrío bajo el movimiento de los vagones.  
Su cara va tomando la forma más bella de la energía  
y yo veo cómo sus labios corren con Virginia  
a lo largo de una costa paralela al mundo que habitamos.  
Entre las nubes van las dos dejando huellas  
sobre la arena rumbo al faro que domina la marea.  
Pero al llegar, alguien las detiene:  
*No tenemos aquí nada para darles,  
ustedes no necesitan recompensa.  
Han amado la lectura.*

## Números

Con la luz apagada y una pata menos en los lentes  
 mi vieja saca cuentas para ganarle a la inflación.  
 Tengo cinco años, el mundo  
 es una cocina oscura y una mujer  
 tentando que las cosas entren en sus números.  
 Las cifras se ocupan de la impotencia y de la falta  
 y ella pega tickets, hace sumas  
 en los márgenes, glosa y adjunta las notas  
 garabateadas en retazos.  
 Siendo una de esas bocas destinadas  
 a salvarse por la maravilla del guarismo,  
 empiezo a entender que las verdades  
 son un pequeño tajo de sol  
 en la habitación ensombrecida  
 donde una mujer se desvive  
 para que la matemática sea,  
 como Descartes quiso,  
 un arma que descompone,  
 y al final, nos une.

## *La vida sin centro*

Leandro Llull

El libro se gestó sin intención de unidad. Los primeros poemas aparecieron a fines de 2015, y para mediados de 2018 el conjunto estuvo prácticamente terminado. Cuando lo revisé para editar —2020—, saqué algunos textos y agregué otros que aparecieron en el ínterin, lo que me hizo alterar un poco el orden. De ese tiempo de escritura, recuerdo que para encontrar el poema yo sentía que debía alcanzar en la página la concreción de un panel visual y sonoro: el verso se me presentaba como una sustancia densa que debía descargarse en el siguiente sin espacio para el silencio, hasta encontrar el punto de fuga que terminara por articular la imagen —una que abarcara el poema entero—. Tal vez por eso todos los textos poseen una única estrofa y se despliegan como cuadros de gran formato; a primer golpe de vista lo saliente es lo dicho a lo alto y a lo ancho, y no la profundidad.

Hace poco, en una reseña sobre el libro, Anahí Mallol señaló: “El poeta nos invita a caminar por ese hilo del verso y de la voz. Para eso, eligió cuidadosamente cada imagen, que cae como un copo de nieve que se superpone a otros, y en esa suma produce un efecto musical, de poema a poema, hasta lograr un tono emotivo pero también de registro de lo que pasa afuera, que es único, lo que hace del texto un libro en un sentido fuerte”. Creo que esta idea de Anahí describe con plasticidad la sensación de continuidad que percibí para darlo por cerrado; una especie de nota

dominante que algunas veces suena bien al frente y otras muy por debajo, como remota, pero siempre determinante en la armonía, hilvanando fantasías y vivencias, ensoñaciones y recuerdos, confrontados en un acá y un allá de cotidianidad y desplazamiento.

\* \* \*

Desde hace un tiempo, llevo un diario de apuntes. Acá van algunas de las entradas que tienen relación con la escritura:

- Pensaba en que, de no haber escrito lo anterior (es decir, el relato de una caminata a pie por la orilla del río Sarela un día de lluvia), la tarde se hubiera perdido; aunque más bien habría que decir que no hubiera llegado a ser del todo. Escribir es singularizar. Por singular no hay que entender excepcional o preminente ni, mucho menos, sobresaliente. Singularidad es aprehensión de lo propio a través de la ajenidad que brinda la distancia. Las palabras nos alejan de lo hecho, en el buen sentido. Abren un espacio de diferencia, uno que nos permite palpar el ahora como ahora, como algo. Vivir la vida mediante la reconfiguración de lo escrito. Lo acontecido sólo termina de acontecer ahí. Como el sueño, que requiere despertarnos para cumplir el deseo satisfecho en él; la cuestión es regresar a la vigilia para finalizar lo que el sueño comenzó. Así la función de la escritura sobre la vida. Se hace en el plasma onírico de los hechos, se afirma en la página ante ojos bien abiertos.

- ¿Dónde está el poema? Hay un sendero para cada uno, en un laberinto descentrado. El laberinto a la vez es un jardín, pero no lo sabemos. El sendero es tan exclusivo que no tiene más que nuestras huellas. No podemos ver hacia adelante, apenas hacia atrás. Recién al final hay una línea trazada que los otros pueden ver desde lo alto. Muchos años pasamos sin darnos cuenta,

permaneciendo quietos pese a creer que nos movíamos: la era de la aspiración formal, de los modos y modelos. No existen. El suelo siempre nos recibe con lisura. Es para que hundamos los pies.

- Un verso es como una rama. Hay que lograr eso: que las palabras se sucedan sin interrupción, se fundan en una línea orgánica con volumen. El tronco es invisible.

- Experimentar la escritura como “la parte que faltaba”. Combinación de dos modos de existencia o complemento de lo que ya había, la cuestión es que ahora los hechos tienen su sombra.

- Sentir la escritura como raspones suaves sobre la seda de la nada. Rasguños que se curan y que curan. Develar la textura, darle profundidad a través del vacío.

- Perder con frecuencia la noción de ser alguien que escribe, y durante esos momentos manejarse en la vida como un viejo extraviado en su propia casa.

- Arrancar el día con la sensación de que si no hago un gesto determinado, propio, voy a ser absorbido por lo que me rodea, igual que una rama de arbusto por el arbusto o una ola en el mar. Pero ¿cuál ese gesto?, ¿cuándo?, ¿cómo hacerlo?

- Cuando me levantan el puente de la escritura, quedo a dos orillas, pero como el río. Ciego, en caída, ruidoso y sin saber nada de mí ni de las criaturas que cargo conmigo.

LEANDRO LLULL (Rosario, Argentina, 1983). Es autor de *Disonancia del jardín* (Editorial Municipal de Rosario, 2009), *Horas menores* (Huesos de Jibia, 2013), *A los pibes crudos* (VOX, 2015), *Maratón* (Ediciones 27 Pulqui, 2016), *El gamo* (Ediciones 27 Pulqui, 2019), *La vida sin centro* (Salta el Pez, 2022) y *Luna del cazador* (Bajo la Luna, 2023), así como del trabajo “La lengua en soledad”, dentro de la obra colectiva *Prueba de soledad en el paisaje* (Mansalva, 2011). Recibió el primer premio de la Municipalidad de Rosario en 2009 y el primer premio del Fondo Nacional de las Artes de Argentina en 2013.

## 10 poemas de *Ni tan amarillo*

Rubens Akira Kuana

### de una entrevista de mi cabeza

“aquí, en este poema zen,  
me inspiré en el silencio  
evocado en la obra 4’33  
de john cage para así  
poder silenciar a todas las  
personas asiáticas que  
viven en américa y hacer  
mi crítica al gobierno  
chino después de leer  
esta y sólo esta  
cuestión en cnn”

### MANIFIESTO POESÍA RESISTENCIA

asesinado por  
137 poetas blancos  
del eje río-sp

### El poeta blanco escribe

Otro haikú yo suelto un  
Bostezo y digo bye bye

### En Instagram en Twitter en Facebook

De samurái malandro a monje  
Loco, el poeta blanco  
Le da un push a su look

Cedan el paso  
Es top, es top, pero  
No es samba  
Es K-pop

Ahí viene  
El blanco  
Más amarillo  
De Brasil

### **El poeta blanco medita**

Y admira la tierra del sol naciente  
Bosquecito, arroyito, mariposita

¡Silencio!

El poeta blanco quiere hablar  
Déjenlo hablar

### **el poeta blanco viste su kimono**

para hablar de cosas místicas  
y espirituales

el movimiento de los astros  
el batir de alas de una mariposa  
el racismo no es legal

¡aplausos! ¡aplausos! ¡aplausos!  
el poeta blanco es verdaderamente  
un iluminado

extiendan los tapetes  
de yoga, siéntense  
en zazen

cuando el poeta blanco habla  
no saca la good vibe  
de nadie

aunque en la próxima vida, me pregunto  
¿quién reencarna en el cuerpo  
de quién?

### **Siete años en el Tíbet**

Poeta blanco, ¿por qué un cuerpo  
asiático aparece  
—si aparece  
en su poema  
como un cuerpo místico  
y ancestral? ¿Por qué  
nos colocas en la cima  
de montañas? ¿Por qué  
las escalas? ¿Sabes  
alguna cosa que  
nosotros no sabemos?

¿Qué ves, poeta blanco?



## El último samurái

Poeta blanco, ¿puedes  
escribir un poema

político  
sin mover

un cuerpo  
que no sea

el tuyo?

## un poeta blanco desea una revolución

si un poeta blanco se niega a hablar  
sobre su blanquitud, *¿por qué*  
*debería hablar?* ¿por qué  
debería hablar  
sobre su  
poesía?

## cosas que ya les respondí a los blancos

no yo no soy de china  
no sé hablar japonés  
sí mi abuela sabe hablar  
mi papá no sabe  
mi abuelo no era un samurái  
ni un ninja  
yo no soy bueno en matemáticas  
yo no soy bueno en matemáticas porque soy japonés  
no sé compa creo que sólo estudié para el examen  
más que tú  
sí sé contar hasta diez en japonés  
ichi ni san shi go roku sishi hashi kiu yiu  
no yo no sé karate  
sí me gusta pokémon  
creo que el tamaño de mi verga es normal  
tengo los ojos abiertos  
mis ojos son así  
no veo las cosas en widescreen  
no sé hacer sushi  
no en mi casa no comemos sushi  
comemos frijol y arroz  
no me siento tan parecido a mi padre  
nosotros no somos todos iguales  
no deberías llamar a las personas de esa manera  
mi piel no es amarilla  
sí yo nací en brasil  
mestizo  
mi padre es japonés mi mamá no  
mis abuelos vinieron de japon

no yo nunca fui a japon  
no yo nunca viví en japon  
sí japon está muy desarrollado  
sí de primer mundo ¿no?  
sí videojuegos  
ultraman sayonara godzilla  
playstation playstation playstation  
sí tengo parientes allá  
no sé no hablo mucho con ellos  
no no conozco esta persona asiática  
sí los “orientales” tienen fama de ser muy pacientes  
ajá no soy de hablar mucho  
sí creo que podrías decir que soy “zen”  
yo no sé hacer feng shui  
mi casa no es minimalista  
yo creo que la palabra “oriental” no significa eso  
ese no es mi nombre  
ese chiste no tiene gracia

*Traducción de Sergio Ernesto Ríos*

**RUBENS AKIRA KUANA** (Videira, Brasil, 1992). Es arquitecto, urbanista y maestro en Filosofía. Autor de *digestão* (LUMA Foundation, 2014), *nem tão amarelo assim* (Shiva Press, 2020) y *o trabalho destrói o mundo* (Acne Press, 2023).

## Hermes: aproximaciones a un país imaginario

Antonio Tamez

*A quienes han visitado Hermes.*



**E**n el verano de 2017 miré con asombro en las redes sociales cómo un grupo de más de diez jóvenes se infiltró al desfile de la Feria de Comunidades Extranjeras en las calles del centro histórico de Querétaro enarbolando la bandera komandroviana y vistiendo los trajes nacionales. Lograron avanzar durante varios metros vitoreados por el público hasta que alguien se dio cuenta

y fueron detenidxs. Lo más desconcertante fue que prácticamente no conocía a ninguna de aquellas personas y no sabía que alguna de mis antiguas amistades estuvieran involucradas en aquel atentado. Pregunté entre mis amigos más cercanos, pero no obtuve demasiado. La verdad era que ya no se hablaba de Ciudad Hermes en las fiestas, el komandroviano había sido olvidado, la vieja patria se había convertido en un recuerdo. Entonces, ¿quiénes eran estos komandrovianos y cómo habían logrado llegar a esta realidad?



Unos meses más tarde recibí una carta del Comité Emergente de Topografía Alternativa, con la que me invitaban a formar parte de la “primera sesión ordinaria de cabildo para los preparativos de los festejos orientales a todas las divinidades posibles e imposibles”. Respondí, desde luego, en mi mejor komandroviano, agradeciendo

la invitación y manifestando mi sorpresa por todo, pero excusándome, ya que mis obligaciones académicas me impedían estar presente el día de la sesión. No se comunicaron de vuelta.

Con el tiempo pude dar con el director del Comité de Topografía Alternativa, un hombre que se hacía llamar Fou de la Calle, quien también había estado al frente de la famosa infiltración del 17. Nos estuvimos carteando durante algún tiempo hasta que se ofreció a visitarme en mi casa en las montañas de Guanajuato, en donde estuvo viviendo durante un par de semanas en la habitación de Sputnik, mi gato. Fou es un artista callejero de Sankt Miko, graduado en Patafísica por la Komandroviana General, que ha dedicado una parte de su vida a reconstruir Komandrovía a partir de sus ruinas arqueológicas, es decir: entradas de blogs en sitios abandonados desde 2008, libros extraviados, complejos murales, documentos apócrifos y relatos de tradición oral.



## I. La ciudad

Hace veinte años comencé a imaginar una ciudad. No se trata de cualquier ciudad, sino de la más poblada y extensa del mundo: Ciudad Hermes, una metrópoli euroafricana, próxima a las costas de Portugal y Marruecos, capital de un enorme país insular rico en recursos minerales que bordea las costas de África del Norte. Una antípoda de Madagascar, pero cercana en la historia al Imperio romano y a la Edad Media. Después de todo, una casualidad posible, como son casualidades posibles muchas de las naciones insulares más extrañas.



La he visto en sueños algunas veces y otras, cuando no consigo dormir, enfoco mi mente en recorrer y nombrar sus barrios y distritos. En ocasiones me gusta salir a dar largas caminatas durante la vigilia con la única finalidad de visitarla mentalmente. Me gusta pensar en todo, desde que el avión aterriza hasta el trayecto del aeropuerto a mi hospedaje. Atravieso sus museos y bibliotecas, pruebo su comida callejera y trato de comprender su historia a través de sus ruinas, antiguas y modernas. También me gusta salir a correr, ponerme los audífonos e imaginar que me subo en un tren y que por la ventana va desfilando la sucesión de sus paisajes fracturados.



Aquí he pasado ya la mitad de mi vida. He sido testigo de sus conflictos políticos, sus desastres naturales y económicos, sus fiestas patrióticas y patronales, sus coronaciones, derrocamientos, noches y nieblas de septiembre, especialmente densas debido al microclima que impera en el norte. Aquí he descubierto mi propio linaje familiar y he acompañado a otrxs, quienes como yo, no sabían que pertenecían a alguno de los pueblos que conforman esta nación, tan real o imaginaria como cualquier otra.

## II. Sim City

Al contrario de muchos niños de mi generación, a mí los videojuegos no me gustaban mucho que digamos. Me creía torpe, incapaz de pasar del tercer nivel en Super Mario Bros y el rival más fácil de vencer en Street Fighter; pero al cumplir los trece años, Tagore Valente, un niño neoyorquino, me enseñó un *hack* para la primera versión del Sim City que venía instalada con el sistema operativo Windows 95. El juego consistía en desarrollar un asentamiento a través de sus distintas etapas urbanísticas, desde una aldea hasta una megaciudad. Para esto era necesario ir obteniendo fondos mediante una planeación urbana asertiva e ir superando ciertos obstáculos, como la contaminación, un terremoto, inundaciones, un tornado, una ola de crímenes o el ataque de un monstruo gigantesco.

El *hack* que me enseñó Tagore consistía en presionar la tecla shift y escribir con persistencia la palabra FUND para conseguir fondos ilimitados. Tal vez ese fue un preámbulo de lo que vendría más tarde: no solamente perder la noción del tiempo delante de la computadora, sino el estado de trance que implica poder abandonar esta realidad, no para imaginar una diferente, sino para explorarla o descubrirla, algo, por cierto, muy parecido al proceso

de escritura. Pero como voraz jugador de Sim City yo no estaba muy consciente de la etapa del descubrimiento, sino más bien abstraído por la ambición de llenar todo aquel lienzo digital con edificios y vías de comunicación. De esta manera fui construyendo modelos, cada uno más elaborado que el anterior, hasta que aquel juego terminó por aburrirme. Hacia el final del milenio apareció el Sim City 2000, programado esta vez para bloquear el invaluable *hack* que me había enseñado Tagore Valente.

### III. Querétaro-Springfield

La necesidad de imaginar un ámbito urbano con todas las características que conlleva su enormidad fue, desde luego, una reacción estética en contra del Querétaro de 2003. Lo que más me molestaba de vivir aquí y quererme dedicar a la literatura era lo insoportablemente aburrida que me parecía la ciudad a mis 19 años. Estaba seguro de que no había nada que decir acerca de esta pequeña provincia a donde hordas de familias y retirados llegaban elogiando precisamente su tranquilidad, es decir, la sensación de inercia y la falta de emociones fuertes. Si la ciudad no era suficiente para contar historias, había que inventar una.

En un taller conocí al poeta Horacio Warpola, cuando todavía no era poeta y cuando todavía no utilizaba su hermético apellido, que salió durante los primeros meses del curso como una deformación del nombre del escritor inglés Horace Warlpore. Nos hicimos amigos desde la pelda de bienvenida. Además de nuestra aversión por la ciudad, Warpola y yo compartíamos una adolescencia esculpida por los Simpsons como fuente de la verdad filosófica. Había un capítulo de la serie para cada problemática de la vida cotidiana, tanto a nivel individual como social. Su marcada ironía impedía que los tomáramos demasiado en serio, pero al fin

y al cabo eran un código generacional para entender el mundo. Con la intención de caricaturizar el provincialismo clasemediero en donde habíamos ido a parar, llamábamos a este lugar Querétaro-Springfield.

### IV. Visiones

En *El matrimonio del cielo y el infierno* (1792) William Blake escribió que todas las personas podíamos tener visiones, pero que, en la sociedad moderna, habíamos perdido mucho de esa capacidad debido al rompimiento entre el hombre y el mundo espiritual. Recuerdo que esta idea se me quedó grabada, pues ya desde aquel entonces experimentaba una especie de “raptos” mentales, de involuntaria sucesión de imágenes en la cabeza, en un principio relativas a ángeles y demonios (por Blake y por haber estudiado en un colegio católico), que tenían la particularidad de corresponderse con esta realidad mediante casualidades o coincidencias en el ámbito cotidiano.

En este contexto apareció Ciudad Hermes como una visión en medio de alguna sesión del taller. Vi un gran parque y un palacio, en torno a los cuales giraba un tráfico enloquecido y no sé por qué, pero había elefantes negros sentándose en el cofre de los taxis; después se fueron. Era una ciudad inmensa con un desierto rojo en la puerta. Había muchos negros y mulatos, pero también muchos blancos y gente con la piel apiñonada o de color oliva, con rasgos mediterráneos y de Oriente Medio, algunxs con el iris de diferentes colores y el cabello completamente blanco desde la infancia. Los edificios guardaban cierta relación con los del Viejo Continente, aunque claramente no se trataba de una ciudad europea, sino de una decrepita, descomunal y sobrepoblada capital del tercer mundo.



Al concluir aquella jornada Warpola y yo fuimos a tomar unas cervezas a La Vida Es Así, nuestra cantina predilecta del centro histórico en aquellos días, y le hablé por primera vez acerca de Ciudad Hermes. Al final, cuando le terminé de contar todas las cosas que se me habían aparecido en aquellas dos o tres horas, le dio un buen trago a su cerveza y simplemente dijo: “No lo sé, está muy apocalíptico tu pedo”.

### V. Dibujar en clase

En el verano de 2004 fue inaugurada la licenciatura en Historia de la UAQ, y me matriculé para formar parte de la primera generación. Ahora me gustaría decir que la razón principal por la cual estudié historia fue para conocer más acerca de Ciudad Hermes. El siguiente motivo fueron las visiones que emanan

de la historia; la posibilidad de contemplar imágenes, objetos y tecnologías olvidadas, extraños personajes y eventos increíbles que tuvieron lugar en el plano de lo real y cuyo testimonio palpable ha llegado hasta nosotros. Supongo que buscaba lo mismo para Ciudad Hermes en la medida de lo posible, necesitaba fincar los fundamentos de su geografía en el terreno de la verosimilitud. ¿De qué manera la historia mundial había configurado la realidad de aquel país atlántico y viceversa? En aquel tiempo, esa era una de las más grandes interrogantes.

Sobra decir que las visiones acerca de Hermes no sólo continuaron, sino que irrumpieron con mayor fuerza y frecuencia en todos los aspectos de mi vida cotidiana: en medio de una fiesta, mientras conducía, bajo el chorro de la ducha, a mitad de una cita romántica, en el autobús, en los cafés, en las cantinas. De pronto, el país y la ciudad me parecieron más interesantes que cualquier relato que pudiera narrar en ella. Intuía que el proyecto traspasaba los intereses de la literatura y dialogaba con otros medios y disciplinas. Aunque escribí algunos cuentos, la pulsión fue dibujarla en todo momento, especialmente durante las clases en las que los profesores no me decían nada. Me acostumbré a llevar a todos lados un fólder con papel bond, lápiz, sacapuntas, goma y bolígrafo. Tracé los mapas del país, de la ciudad, las prefecturas, los sectores y los distritos; mapas hidrográficos, orográficos, demográficos y de crecimiento de la mancha urbana. Ilustré algunos edificios importantes, escaneé los materiales y los edité con Paint.

## VI. Komandrovia



Al centro de una inmensa plaza, tan grande como el zócalo o Tiananmén, vi una estatua de veinte metros de alto de san Miguel Arcángel combatiendo a la hidra. Debajo, una estación de metro con intersección de seis líneas; y alrededor, galerías comerciales estilo *art nouveau*, multitudes, motocicletas, tranvías, automóviles, marquesinas, pantallas gigantes y neón, muchísimo neón. Se trataba de Oval das Arkangel, en el centro de Komandrovia, uno de los distritos más poblados de aquella ciudad. Yo estaba en mi habitación fumando un cigarro antes de irme a la cama y desde las bocinas de mi computadora se escuchaba *Exakt neutral* de Stereo Total.



La palabra Komandrovía se la debemos a José Velasco, a quien conocí por haber estudiado en el mismo colegio católico y quien se ganó de inmediato el título de *Rex Pontificex Komandroviano* por auspiciar nuestras fiestas en el jardín de la casa de sus padres. Velasco incluso llegó a quemar un CD titulado *Komandrovía Lounge Motel*, en el que figuraban pistas de Fischerspooner, Fat Boy Slim, los Squirrel Nut Zippers y, por supuesto, Stereo Total, que bailábamos frenéticamente una y otra vez hasta el amanecer.

Poco a poco comenzamos a habitar otra realidad, todos eran alguien más en Ciudad Hermes y todo era otra cosa allá. Empezamos a cambiar el nombre de nuestrxs invitadxs y a celebrarlo como si fuera la entrega de un título nobiliario, a veces hasta con algún ritual inventado, que de inmediato pasaba a formar parte del folclor nacional. Fue maravilloso conocer a gente de tantas regiones de aquel país y tomar nota minuciosa sobre sus costumbres. En las fiestas se comenzó a hablar en komandroviano, la lengua franca de los pueblos herméticos, que es también una de las lenguas oficiales, junto con el inglés, el portugués y el árabe.

Una tarde, un tal Gerardo Arana se apareció en una de las fiestas en casa de José Velasco y dijo ser escritor. Nadie le creyó. Para probárnoslo, nos mandó unos textos que Warpola y yo leímos una noche. No quedamos muy convencidos, pero claramente era porque sabíamos que aquel muchacho era mejor escritor que nosotros juntos. Nos empezó a frecuentar, argumentando entre otras cosas que quería hablar sobre Ciudad Hermes, hasta nos dijo que era originario de Glü-glü Ararat, en la provincia de Andeonimbva, en donde se bebía licor de pegaropas y había una catedral inundada, ciénagas, praderas y regiones habitadas por tribus romanís. Fue entonces cuando nos dimos cuenta de que decía la verdad y lo admitimos como uno de nosotros.



Mariana Barbarela y yo nos vimos una noche en el aeropuerto y tomamos un vuelo Ciudad de México-Ciudad Hermes. En aquel tiempo ella era azafata en Airmes, la aerolínea nacional, así que le daban descuentos. Me pasó a primera clase y nos emborrachamos con champán hasta el aterrizaje. Durante algunos años Mikaela Dundinopolus también patrocinó nuestras fiestas en la casa de su familia en Tekomoros, llena de escaleras, terrazas y barandales junto a los acantilados marítimos. Con la escritora Daphne Hëhix viajé a Deniselea para las fiestas de Sankt Lucipheros, sin duda las más extrañas de todas las tradiciones de aquel país. Amé a un chique llamado Marcelle Simon, a quien conocí en Komandrovía, pero que no dejaba de hablarme sobre su tierra natal, la remota isla de Kgustopheros, aún en mi lista de lugares por visitar. Quise a mujeres de Andeonimbva, Saint Charles, Andrea-Casandandra

y Salustia. Incluso estuve casado con una chica de Ambvridia, con la cual viví cuatro años en Kamp de Velo. Caminé la gran Divolaria siempre borracho y de noche; primero con Adrianus y Marius, dos hermanos miembros de la camorra local, y más tarde con Yud, un especialista en la obra de Atlas Pardo. Con Urilos Prinx atravesé la Prefectura de los Desiertos Centrales a bordo del Ferrocarril Nacional Transinsular. Con Alvar Wardok estuve en Phatar Baboo. El arquitecto Lucas Hoops me explicó la razón de ese curioso medio sótano en las casas de Hermes. Siempre me acuerdo mucho de Fabio Quinto-Seaux, especialmente por haber incursionado en la escena electrónica de los primeros 2000 con uno de los mejores álbumes de la década, su famoso *Closteriano*, hoy, desde luego, extraviado.



## VII. Imagen y ciudad

Fue hasta muchos años después, cuando me desempeñé como profesor de literatura en un liceo, que conocí el famoso cuento de Borges “*Tlön-Uqbar Orbis Tertius*”, en el cual una sociedad secreta se dedica a falsear un país que, tras subsiguientes investigaciones por parte del narrador, resulta ser un universo entero tratando de suplantar su realidad. La coincidencia de aquel argumento con la conformación involuntaria de la obra hermética puso énfasis en la creación colectiva de los mundos imaginarios que comienzan a operar tomando en cuenta las mismas reglas de la realidad, pero a partir de los cuales estas pueden alterarse de manera gradual.

Tras aquel contacto con los nuevos komandrovianos y el Comité de Topografía Alternativa en 2017, decidí regresar a Hermes después de casi una década. Algunas cosas se habían logrado durante

aquel tiempo: Gerardo Arana había pintado su famoso *Mapa para magos*, del que ya he hablado en otra parte, cuya nomenclatura influyó de manera significativa para una reorganización cartográfica definitiva. Hasta hoy, Warpola se ha dedicado a difundir el trabajo de los poetas komandrovianxs contemporánexs.

Yo había escrito una novela sobre un viaje a Hermes en 2007, pero nunca la publiqué porque me pareció vergonzosa. Desde entonces me había dedicado, sí, a escribir un poco sobre política hermética en algunas revistas rusas, hoy, desde luego, desaparecidas; pero, sobre todo, a seguirla dibujando en la clandestinidad, a visitarla mentalmente, a recordarla y soñarla. Ciudad Hermes se había convertido en un *side project*, mientras que, por el contrario, mi exploración literaria se había decantado cada vez más por la realidad, primero con textos de ficción situados en espacios conocidos, como Querétaro o la Ciudad de México, y más tarde con relatos no ficcionales acerca de otras ciudades y países.

Pero Hermes continuaba vigente, ya no a través de la escritura, sino de la imagen, tal y como había estado presente desde la primera vez. Paulatinamente, pero también en forma compulsiva, comencé a almacenar imágenes —algunas de revistas viejas, la mayoría de mis listas de favoritos de Pinterest y Tumblr y más tarde de carpetas en mi computadora— de otras ciudades que pudieran falsear Hermes, que por un momento pudieran no ser lo que decían ser, sino presentar evidencia convincente sobre Hermes. Entre estas imágenes se encontraban unas diapositivas en color Kodachrome de 35 mm de una vista aérea nocturna de Oval das Arkangel, con la enorme estatua de san Miguel y el dragón en medio, rodeada de multitudes, letreros de neón, carros, autobuses y tranvías.

En 2018 abrí un blog en Instagram, pues me percaté de que disponía de algo que quince años atrás no era posible aún: miles, tal vez millones de imágenes de ciudades de todo el mundo

en Internet. La dinámica siempre fue sencilla: postear una foto en blanco y negro y escribir un *caption* sobre el distrito, sector, región o prefectura del cual se trataba. Con este ejercicio me di cuenta no sólo de que Hermes estaba en cualquier ciudad, sino de que representaba la fantasía babélica, por otro lado también borgesiana, de una ciudad infinita.

### VIII. Inteligencia artificial

Las cosas dieron un nuevo giro en junio de 2022, cuando apareció Dall.E Mini, la primera IA generadora de imágenes de libre acceso en Internet. Por primera vez en la historia los seres humanos podíamos, en cuestión de segundos, obtener una representación de cualquier cosa que imagináramos. Al principio las imágenes fueron un poco difusas, pero su grado de precisión dejó a todo mundo asombrado. Como sea, Ciudad Hermes no fue lo primero que busqué, sino Querétaro: el Parque de los Alcanfores con nieve, un *rally* de Hitler en el templo de la Cruz, Godzilla, una explosión atómica vista desde Menchaca. Pero en cuanto este morbo dialéctico fue satisfecho, no esperé un minuto más para explorar los distritos de Ciudad Hermes.

En agosto de ese año apareció Midjourney 3, una versión más avanzada que había logrado aumentar el nivel de precisión de la imagen de manera considerable. Recuerdo que me había desvelado una noche o dos con Dall.E Mini, pero Midjourney me mantuvo al filo de la pantalla durante por lo menos dos semanas, durmiendo de madrugada y comiendo hasta no poder aplazarlo más. De pronto era como cuando tenía trece años y pasaba las tardes enchufado al Sim City. También como en 2003, pero con aquella compulsión de mapas, visiones y fotografías magnificada por el aceleramiento tecnológico de las dos últimas décadas.

Una de las cosas con las que siempre fantaseé fue con ver un *render* de algunas calles de Hermes o un programa de realidad virtual que me permitiera recorrer una porción de su geografía, tomar un tren, entrar a un hotel, pedir una cerveza, coger el metro, etcétera. Sabía que tal vez nunca me sería posible contar con el ejército de artistas y programadores necesarios para algo semejante, pero cuando vi lo que Midjourney podía hacer y lo comparé con las capacidades de Dall.E Mini apenas unos meses antes, pensé que, después de todo, la idea no era tan descabellada.

### IX. A modo de conclusión

Si bien la IA me ha permitido visualizar Hermes de una manera que jamás creí posible, me ocurre ahora un fenómeno extraño: he dejado de imaginarla, me han abandonado las visiones que solían irrumpir una tarde cualquiera en la caja del Oxxo, por ejemplo. No me preocupa, lo ideal sería que las IA comprendieran Hermes y terminaran el proyecto o, mejor aún, que siguieran creándolo durante siglos, después del fin de la humanidad: cada calle, persona, casa, ventana y cada objeto que hubiera existido en aquel país durante sus miles de años de historia. Creo que el límite de toda esta fantasía siempre ha sido generar el espacio digital de Hermes para poder descargar mi consciencia.

Pero el futuro es incierto y por ahora las IA presentan grandes limitantes. Midjourney ha sido incapaz de reproducir Oval das Arkangel tal y como lo vi desde mi habitación esa noche de 2003, y Chat GPT no ha podido generar nombres y apellidos hermetropolitanos. Creo que ningún proyecto estético puede ser delegado a las IA por más que uno quisiera. Adicionalmente, uno de los más grandes pendientes de este proyecto ha sido abordar a fondo, precisamente, sus características colectivas y transmediales;

es decir, concebir Hermes en el espacio físico con la colaboración de otrxs artistas.

Es muy difícil sacar conclusiones sobre lo que siempre ha sido y siempre será un trabajo en progreso. A lo largo de estos veinte años Ciudad Hermes ha sido un refugio mental, pero también un punto de encuentro y un espacio de creación colectiva, una especie de portal que apareció en mi vida de manera inesperada, y que por el momento me ha permitido contactar a algunxs seres humanxs e inteligencias artificiales.

Actualmente combino la generación de imágenes a través de Midjourney con la redacción de textos para una futura guía de viajes, cuyos avances pueden ser consultados en <https://ciudadhermes.wordpress.com>. También comparto algo de este trabajo en la cuenta de Instagram <https://www.instagram.com/ciudadhermes>.

Tekomoros, primavera de 2023.

ANTONIO TAMEZ (Ciudad de México, 1984). Es autor de *Bengala* (Herring Publishers, 2011), *El templo de los animales disecados* (Montea, 2017) y *Todo eran historias. Cuadernos de viaje* (Universidad de Guanajuato, 2021). Está incluido en las antologías *Neónidas* (Herring Publishers, 2009), *Zurita, una cartografía poética* (Colofón-Universidad de Guanajuato, 2019) y *Viajes al país del silencio* (Gris Tormenta, 2021).

## A los amigos

Herberto Helder

Amo despacio a los amigos que son tristes  
con cinco dedos de cada lado.

Los amigos que enloquecen y están sentados, cerrando los ojos,  
con los libros detrás ardiendo para toda la eternidad.

No los llamo, y ellos retornan profundamente  
dentro del fuego.

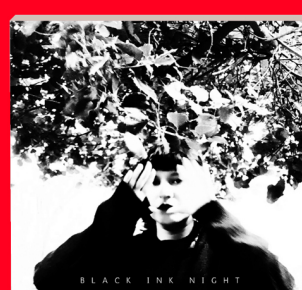
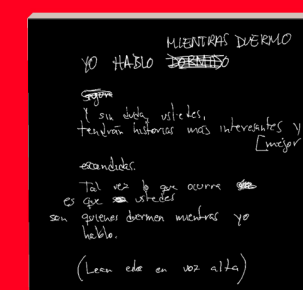
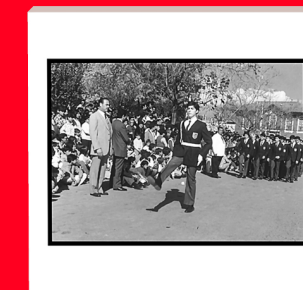
—Tenemos un talento doloroso y oscuro.

Construimos un lugar de silencio.

De pasión.

*Traducción de Sergio Ernesto Ríos*

**HERBERTO HELDER** (Funchal, Portugal, 1930). Fue poeta, periodista, bibliotecario, traductor y locutor. No le gustaba conceder entrevistas, que le tomaran fotografías ni recibir premios (en 1994 rechazó el Premio Fernando Pessoa). Entre sus obras se encuentran *Do Mundo* (1994), *Poesia Toda* (1981) y *Ou o Poema Contínuo* (2001).



Descarga los libros de la colección **En Marte aparece tu cabeza** en [grafografxs.uaemex.mx](http://grafografxs.uaemex.mx)



GUZMÁN • CALDERÓN • ROTHE • FAGAN • CALLAGHAN • OCARANZA  
LLULL • AKIRA • TAMEZ • HELDER • MEZA

